



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 22 de Mayo de 1864.

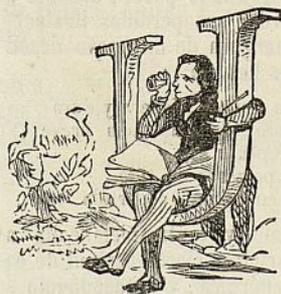
NÚM. 26.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervero.—Estudios sobre la literatura portuguesa, por D. Rafael Ferrer y Bigné.—La casualidad, por D. J. Selgas y Carrasco.—Juan Colín: leyenda tradicional, (continuación), por D. Dámaso Delgado Lopez.—Bacon, por D. Ramon de Campoamor.—Al siglo XIX (poesía), por D. Antonio Fernandez Grillo.—Estrella de los Mil.—El ciego de los valles: novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz, (continuación).

Láminas. Dinamarca: distribución de medallas al ejército austriaco, por sus diferentes hechos de armas.—Lámina de la leyenda.—Estrella de los mil.

REVISTA DE LA SEMANA.



no de los privilegios exclusivos del genio, consiste en cautivar la atención general, logrando preocupar en momentos dados, y haciéndose el tema obligado de las conversaciones en todos los círculos artísticos, literarios, políticos y científicos.

Repetidas veces se ha dicho que el genio no tiene patria, y este aserto lo vemos hoy confirmado por el sentimiento general que ha producido la muerte del ilustre compositor Meyerbeer, de la que ya dimos cuenta á nues-

tros lectores en la anterior revista. La prensa de todos los países se ha ocupado estensamente de la sensible pérdida que acaba de experimentar el mundo musical con el fallecimiento del autor del *Roberto* y de los *Hugonotes*. En Berlín se celebraron el día 9 sus funerales con gran pompa: el ataúd se hallaba espuesto en la casa mortuoria, rodeado de flores y cubierto de coronas, algunas de ellas enviadas por la reina y la princesa, esposa del príncipe Federico Carlos; todas las clases de la sociedad habian allí acudido á rendir el último tributo al finado, desde los príncipes de la sangre hasta las mas humildes, y todos confundidos formaron parte de la comitiva donde iba el féretro cubierto de palmas y precedido por varios coros, seguido de una multitud inmensa y de los carruages de la casa real que acompañaron el cortejo hasta el cementerio israelita, donde terminó la ceremonia.

¡Lástima que la muerte arrebatase de nuestro seno á esos hombres que debieran ser inmortales, para servir de estímulo y ejemplo á la humanidad y de lustre y honor al siglo que los vió nacer! Pero la muerte, como ha dicho un autor clásico latino, nada respeta, «lo mismo se introduce en las cabañas de los pobres, que en los alcázares de los poderosos,» y merced á este terrible privilegio, tiempo hace que se la ve acerchar con insistencia al rededor de los muros del Vaticano, sin atreverse á fijar su planta en los umbrales de este venerable recinto: pues segun las últimas noticias recibidas de la capital del orbe católico, la quebrantada salud de Pio IX sufrió alguna recrudescencia á causa de presidir una funcion conmovedora, cual fue la administracion del Sacramento de la Confirmación á la princesa Luisa de Borbon, hermana de Francisco II de Nápoles, en presencia de toda la familia real desterrada. Sin embargo, algunos dias de

completo descanso han servido de lenitivo á su dolencia, hallándose mas aliviado, en términos que ya se empieza á hablar de su próxima salida para Castel-Gandolfo. ¡Dios conserve la vida de nuestro Soberano Pontífice largos años, para bien de la Iglesia universal, y ojalá que sus últimos momentos no se vean acibarados por los trastornos que llevan en sí las conmociones políticas.

Los hombres todos abrigan en su conciencia la idea de una paz universal, irrealizable en la práctica. Pues cuando apenas el telégrafo nos anuncia el resultado de las conferencias de Lóndres que ha sido la suspension de las hostilidades en la complicada cuestion de los ducados, el correo de América nos da cuenta detallada de la cuestion entre los gobiernos del Perú y España que tomaba un giro alarmante. El gobierno peruano no habia querido reconocer el carácter oficial del enviado extraordinario español, Sr. Salazar y Mazarredo: éste habia dirigido un *ultimatum* á las autoridades peruanas, las cuales lo devolvieron sin abrirlo; en vista de esto el señor Salazar Mazarredo se embarcó entonces en la goleta *Covadonga*, y se temia una complicacion general. Esperemos su resultado definitivo y fijémonos entre tanto en nuestra Península, donde el aniversario del natalicio del augusto esposo de nuestra soberana se ha celebrado con gran pompa. El besamanos que tuvo lugar en Aranjuez, residencia hoy de la corte, ha estado concurridísimo, viéndose allí reunidos un gran número de personajes políticos, que habian acudido á manifestar con su presencia su adhesión al trono de Doña Isabel II, segura garantía de nuestras libertades.

En Valencia tambien se ha celebrado con no menos pompa tan fausto acontecimiento. El Excmo. Sr. Capitan general recibió en córte en su casa-palacio á todas las autoridades

civiles y militares y por la tarde revistó en parada á las tropas que se hallan de guarnición en esta capital.

El lunes dió un baile dicha autoridad militar en sus elegantes salones, que segun noticias estuvo brillantísimo; hallándose allí reunidas cuantas bellezas encierra la ciudad del Cid, luciendo aéreos y vaporosos trages que realizaban su hermosura, y en cuanto al sexo se veía representado por lo mas notable de la capital: todos salieron sumamente complacidos de la esquisita amabilidad y finura del Sr. general Lara, de su simpática esposa y lindas hijas, y deseando se repitan con frecuencia tan agradables pasatiempos.

Finalmente, en el coliseo de la calle de las Barcas debutó la noche del sábado la señora Laborde con la *Sonámbula*. Esta artista á quien ya habíamos tenido el gusto de oír durante su última estancia en Valencia, es una notabilidad en cuanto á la ejecución, por eso en ciertos momentos se eleva á una altura inimitable y el público la aplaudió con justicia cubriéndola materialmente de flores. El miércoles se volvió á presentar con la *Lucia* y en el *rondó* del tercer acto estuvo sublime, si bien en lo restante de la ópera dejó bastante que desear.

Por la revista y por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

ESTUDIOS

sobre la literatura portuguesa.

Luis de Camoens.

II.

Que toda a terra he patria
para o forte.

(Os Lusíadas.)

Hay tales puntos de contacto entre los genios de una misma época, que no fuera difícil, sin presumir de erudito, trazar el paralelo biográfico de Luis de Camoens con los eminentes escritores españoles de aquel tiempo. Hijos de un siglo de poder y de conquistas, no menos que de saber y de estudio, la mayor parte de ellos compartieron su vida entre las armas y las letras, reflejando el español tipo del soldado-poeta.

Garcilaso de la Vega, imitador de Virgilio y de Petrarca, peleando contra el islamismo distante de su patria; Hurtado de Mendoza, militar burlador de damas, pero celoso amante de las letras, narrando con antigua forma acontecimientos nuevos; Herrera, imitador por moda de los amores de Petrarca, pero mas que enamorado de Leonor, apasionado á la literatura clásica; Fray Luis de Leon, sufriendo la cárcel y todo género de sinsabores por sus trabajos literarios; Cervantes, peleando en Africa y herido por los infieles, mal conocido y peor recompensado por sus contemporáneos, escribiendo en la indigencia libros inmortales, preso por deudas, sirviendo un miserable empleo y soñando la gloria, teniendo la conciencia de su propio mérito, que la posteridad tardó en reconocer; Lope de Vega, desterrado de su patria por juveniles devaneos, alistado en la armada *invencible*, desperdiciando en engañosos amores el tiempo que tan bien habia de aprovechar despues moral y literariamente; Ercilla, buscando digno campo para su entusiasmo bélico y para su poética inspiración, concibiendo al atravesar los mares la idea colosal cual ellos de escribir el poema de aquel siglo guerrero, ideando mientras conquistaba reinos lo que luego escribía para conquistarse la fama, regresando ufano con sus manuscritos á su patria, que apenas habia de reparar en su poema, ni acordarse de sus servicios, y viniendo á morir tras luengos desengaños en la oscuridad y en la miseria; todos esos ilustres nombres con

los rasgos característicos de su vida son las brillantes tintas con que pudiera bosquejarse el retrato literario de Luis de Camoens y proseguir la historia de su desventurada existencia.

Españoles y portugueses, con espíritu aventurero, habian surcado ignotos mares en pos de descubrimientos y conquistas, legando confundidos á la historia los nombres de Pizarro y Magallanes, Hernan-Cortés y Vasco de Gama. Los hombres mas eminentes en todos los ramos del saber seguian instintivamente el impulso de la época, y desde el sábio Juan de Barros, que desempeñando los primeros empleos en lejanas colonias, reunia materiales para la historia de los descubrimientos y conquistas de los portugueses en Oriente, hasta el poeta Gerónimo Cortereal, que peleando en la India daba á su número el temple necesario para cantar las glorias lusitanas, muchos fueron los portugueses que abandonaban la muelle vida de la metrópoli para buscar en apartadas regiones riqueza, empleos ú honores, é inspiración, fama ó renombre.

Las indias orientales, blanco entonces de todas las ambiciones para Portugal, como las vírgenes regiones de América para España, fueron la *tierra de promisión* donde dirigió sus miras el oscuro soldado de Africa, quien, al volver á Lisboa, habia recibido mas profundas heridas que las de la guerra con la triste nueva de la muerte de su amada y la amarga experiencia de la ingratitud de su patria.

Catalina de Ataíde, la jóven dama de palacio, objeto del amor del poeta, causa de su destierro y poderoso iman que le atraía á Lisboa, habia dejado de existir jóven, doncella, tal vez sufriendo el aborrecimiento de su orgullosa familia, tal vez enamorada del soldado cuyo varonil rostro era marcado en las guerras de Africa con un eterno sello que la patria habia de recompensar con el olvido. Aquel tipo mítico de amor y desventura se revistió entonces á los ojos de su desgraciado amante con todo el espíritu de idealidad, con la misma poética aureola con que la muerte coronara á Beatrice y Laura, y este acontecimiento dió sin duda nuevos tonos á la lira del poeta.

Antes, en tiempos felices, el amor juvenil habia inspirado á Camoens versos de tan ligero estilo como el soneto que traducido á nuestra lengua, entre otros muchos, por el autor de estos estudios, dice así:

Nunca en amor dañó el atrevimiento,
La suerte favorece á la osadía,
Pues siempre la encogida cobardía
Es obstáculo al libre pensamiento.

Quien se dirige al alto firmamento
La estrella en él encuentra, que le guía;
Y el bien que encierra en sí la fantasía
Ilusion es no mas, que lleva el viento.

Debe abrirse camino á la ventura;
Nadie, sino por sí, será dichoso;
La suerte á la ocasion tan solo mueve.

Valor es atreverse, no locura.
Perderá por cobarde el venturoso
Si al veros los temores no remueve.

Estos versos á lo D. Juan, dirigidos á alguna bella, y propios sin duda del carácter de Camoens en aquella edad, están juntamente con otros como el siguiente soneto, dirigido á otra hermosa, en el que rinde culto al discreto de la época:

Está la primavera trasladando
Su imágen pura en vuestra vista honesta,
En las megillas, boca y frente enhiesta
Clavel, rosa, azucena dibujando.

Así, vuestra belleza matizando,
Natura cuanto puede manifiesta,
Que el monte, el campo, el rio y la floresta
Se están de vos, Señora, enamorando.

Ya que ahora no quereis que quien os ama
Pueda coger el fruto de estas flores,
Perderán su hermosura vuestros ojos;

Porque poco aprovecha, linda dama,
Que siembre amor en vuestro rostro amores,
Si vuestra condicion produce abrojos.

Pero despues que recibió la triste nueva de la muerte de Catalina, tal vez cuando su pasión principiaba á resfriarse, como de sí mismo dice Petrarca con respecto á la muerte de Laura, y fiel imitador de éste, escribió versos tan sentidos como el soneto que igualmente traducido, dice:

Bella alma de mi alma, que tendiste,
Cansada de vivir, tan pronto el vuelo:

Reposa eternamente allá en el cielo
Y viva yo en el mundo siempre triste.

Si allá en el trono eterno, do subiste,
Memoria se conserva de este suelo,
No te olvides de aquel ardiente anhelo,
Que en mis ojos, de amor tan puro, viste.

Y si vieses que pudo merecerte
Un consuelo el dolor que me causó
La afliccion sin remedio de perderte,
Ruega á Dios (que tus dias abrevió),
Que tan pronto de aquí me lleve á verte,
Como pronto á mis ojos te robó.

Rica su mente en fecunda poesía, viendo en torno el vacío desde que habia dejado de existir el objeto de sus primeros amores, y cansado de sufrir la ingratitud de su patria, partió Camoens á través de los mares en busca de las ricas indias orientales, con mas fe en el porvenir que gratos recuerdos del pasado. Pero su desventura le perseguía hasta el extremo de tener que agradecer la suerte en medio de la desgracia. De las cuatro embarcaciones que navegaban juntas al mando de D. Fernando Alvarez Cabral, solamente se salvó la suya. No parece sino que la suerte respetaba su vida por reservar para mayores pruebas, en que una á una habia de perder sus ilusiones de gloria y de ventura!

«De este modo llevóme la fortuna
A esta lejana y deseada tierra,»

dice en los versos que escribió en la India, pues ya en el deseado término de su viaje, no por eso se le presentó mas grata ocupación para su genio. Como los crédulos viajeros que en pos de riqueza emigran al Nuevo Mundo y, despues de las penalidades del viaje, solo encuentran las necesidades y la miseria junto á las abundantes minas del Potosí y la California, así el poeta aventurero, ya llegado al país de sus sueños, se encontró en Goa sin medios de llenar su ambición y tan mal correspondido por los poderosos como en su ingrata patria.

Era á la sazón virey de aquellos apartados dominios D. Alonso de Noroña, el cual con una numerosa armada iba á socorrer á dos reyes cochinchinos, amigos de la nacion portuguesa. Alistóse Camoens como voluntario para tal expedición, y llegado con Noroña á la Cochinchina, obtuvieron un completo triunfo los soldados lusitanos, triunfo que acaban de repetir en el mismo territorio las armas españolas en union con las francesas.

No por eso mejoró la condicion del desconocido soldado, y variando de país, aunque no de profesion, pasó en otra armada al estrecho de Meca. A la vista del monte *Felix*, en esta region de la *Arabia feliz*, no debió serlo mucho el desgraciado poeta, ausente de su patria, al recordar sus perdidas ilusiones. Por eso con la amargura de un nuevo desengaño escribió á su llegada:

Aquí en esta remota, áspera y dura
Parté del mundo, de existencia breve
Quiso mi desventura
Dejase huella, para ser mi vida
Por el mundo en pedazos repartida.

Tanto infortunio y tanta melancolía no podia menos de inspirar cierta acritud de carácter á su alma enérgica, y descendiendo su espíritu sublime hasta las miserias que veía en torno suyo, como natural desahogo de su corazón escribió en sus ócios una sátira que tituló *Disparates*, y otra que apareció con el nombre de *Relacion de las fiestas en Goa*, sobre la administración de la India, cuyas sátiras, por ser dirigidas contra personas po-

derosas, le valieron al pobre poeta el ser desterrado á la China, de la que habian contado milagrosas relaciones los primeros portugueses que la visitaron. Con el triste empleo de *Proveedor de los difuntos*, teniendo á su cargo administrar los bienes de los muertos, pasó á la ciudad de Macao, recién fundada por los portugueses en las faldas de la China, cerca de la ciudad de Canton, en cuyo golfo habian obtenido algun territorio, como recompensa de haber libertado de piratas el celeste imperio. Allí es hoy visitada por los viajeros la gruta donde, dando treguas á las penas, componia Camoens su inmortal poema. La posteridad ha consagrado con su respeto aquel lugar, honrado por los europeos con monumentos é inscripciones (1), como ha consagrado entre nosotros con una veneracion tardía la pobre y olvidada casa de Argamasilla de Tormes, donde Cervantes componia su libro imperecedero.

Cansado de su triste suerte y deseoso siempre de probar mejor fortuna, con ese espíritu inquieto del enfermo, que busca la mejoría á sus dolores y que, no pudiendo extinguirlos, varía de lugar por variar de sensaciones, así Camoens, enfermo del alma, con la aspiracion quimérica del genio y amante de los recuerdos de su infancia, decidió abandonar el purísimo cielo de la *cuna del mundo en el Oriente*, para volver á Goa, importante colonia portuguesa, cuyo idioma, hábitos y costumbres le hacian creer trasladado á su querida patria.

La desgracia no podia perdonar su nuevo viaje y si, parodiando las palabras de César, hubiera dicho á sus compañeros de á bordo: «temed, porque me lleváis á mí,» la fatalidad no le hubiera desmentido.

A la entrada de la costa de Mecon, en Cochinchina, una deshecha tormenta hizo naufragar su buque, y como Julio César cuando solo salvó su espada y sus escritos, ganando á nado las naves cerca de Alejandría, así Camoens, casi desnudo y olvidando su pobre equipage, se echó á nado entre los horrores de la tempestad y el inminente peligro de la muerte, no llevando consigo sino los borradores de su poema.

Con su natural fortaleza logró libertar de la destruccion aquel inapreciable tesoro, cuyo valor solo él entonces conocia, pero cuyo aprecio la posteridad ha confirmado, y habiendo ganado la vecina playa, junto al rio Mecon, casi exánime sobre la arena, parodió el famoso salmo de las hijas de Sion en el destierro, *super flumina Babylonis*.

Tal era su presencia de ánimo, aun en las situaciones mas difíciles de su vida, combatida no solo por la naturaleza sino por la maldad de los hombres.

Ya en Goa, sufrió la cárcel, como el manco de Lepanto, por calumnias sobre el desempeño de su miserable empleo, y próximo á libertarse por su inocencia de manos de la justicia, cayó en las de sus acreedores, quienes le retuvieron y embargaron, hasta que sus amigos hubieron de pagar sus deudas, para que pudiese volver á su patria.

(1) Entre ellos, el viajero universal Domeny de Rienzi, francés, de origen romano, que visitó además de la Oceania la India y la China, colocó en la gruta de Camoens un busto del poeta, acompañado de una inscripcion auténtica de escaso mérito, con la fecha de 25 de Agosto de 1828 y un epigrafe chino, que decia:

¡AL LITERATO POR ESCELENCIA!

Las dotes del espíritu y del corazón le hicieron superior á la generalidad de los hombres.

Sábios doctores le alabaron y premiaron; pero la envidia le redujo á la pobreza.

Sus versos sublimes están esparcidos por todo el mundo.

Este monumento fue erigido para trasmitir á la posteridad su memoria.

Dice César Cantú que un inglés envidioso mandó quitar esta inscripcion; pero, contra sus deseos, ello tal vez haya sido la causa de que se haya perpetuado en la memoria de los amantes de las letras.

En este estado, y costeándole el pasaje algunas personas compadecidas de su desgracia, pudo volver á Europa el que seis años antes, rico de ilusiones se habia despedido para siempre de ella, buscando un fecundo porvenir en *el país de los milagros*.

Otros viajeros volvian de la India cargados de riquezas: Camoens solo traia los manuscritos de un poema salvado con su vida, y estaba satisfecho de su fortuna.

¡Tal es la conciencia íntima del verdadero talento!

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

LA CASUALIDAD.

I.

Hé aquí una combinacion de sílabas por medio de las que el hombre ha formado una palabra de que se sirve para demostrar á pesar suyo, que hay un orden de cosas, de ideas y de actos que están fuera de su alcance; que hay una vida sobre la suya que siente y no conoce, que está, en fin, rodeado de causas que no ve, hasta que los efectos le salen al paso, lo paran y le dicen: «mira.»

Entonces el hombre abre los ojos, se pierden sus miradas en la misma oscuridad de lo que está viendo, y en vez de doblar la cabeza y decir: «misterio» alza la frente y exclama: «casualidad.»

Si la lengua no hubiera acudido al recurso de esa palabra, el telar misterioso y complicado en que se tejen los sucesos que están fuera de nuestra prevision, no tendria nombre.

En todo hay siempre un hilo oculto y caprichoso que se nos escapa entre los dedos y que no podemos atar nunca.

¿Qué es la casualidad? una loca que se entra por medio de nuestros cálculos y los desordena y los destruye; una ciega que va siempre tropezando con todas nuestras previsiones; una tonta que se rie de las mas ingeniosas combinaciones de la inteligencia humana.

¿No es esto así? Pues bien, nadie medita tanto sus actos como la casualidad.

Obsérvese bien y veremos que cada una de sus imprevistas apariciones es el resultado de una minuciosa combinacion de circunstancias: un tejido de pormenores laboriosamente fabricado: el colmo de la paciencia, de la habilidad y del cálculo.

Lo que hace la casualidad no hay entendimiento humano, ni ciencia, ni prevision que pueda imitarlo.

El camino por donde lleva sus misteriosas combinaciones nos es desconocido: posee el secreto de un álgebra insondable y tiene á su arbitrio la llave misteriosa de una geometría incomprendible.

Unas veces llamamos á la casualidad fortuna, otras veces la llamamos desgracia.

Acontece con frecuencia lo que voy á referir.

Sale un dia de su casa un hombre; al borde mismo del umbral de la puerta se encuentra con la calle y *la toma*. Esto es evidente, puesto que al volver la primera esquina que le sale al paso *la deja*: si no la hubiera tomado, no podría dejarla.

Tomando y dejando calles llega sin saberlo al punto en que la casualidad lo espera con el reloj en la mano. Es pasmosa la puntualidad con que acudimos á estas citas ignoradas.

Repentinamente este hombre se pára porque ha visto á otro hombre venir hácia él: no le conviene ó no quiere encontrarse con ese hombre y trata de evitar el encuentro á toda costa.

Será difícil tropezar con uno que no tenga siempre otro de quien huir.

Nuestro hombre se pára, porque reflexio-

nar es hacer alto, busca una salida, pero no encuentra á la mano ninguna boca-calle por donde desaparecer y entretanto el otro hombre adelanta tranquilamente hácia él por la acera opuesta.

Apenas queda un minuto de tiempo para buscar un medio que evite el encuentro.

Hay ocasiones en que el hombre quisiera que la tierra se abriera debajo de sus piés; pero es el caso que la tierra no se abre mas que cuando Dios quiere.

Para retroceder es ya tarde. ¿Qué hacer?

Se le ocurre la idea de meterse en el portal mas cercano, subir hasta la última bohardilla y volver á bajar. En esta doble operacion puede emplear todo el tiempo necesario para que el peligro pase; pero ¡ah! el portal mas próximo está á veinte pasos. Todavía no ha sido visto por su enemigo, mas todo depende de unos cuantos minutos. Entonces se desespera calculando que ha tenido tiempo para volverse atrás.

De pronto se dá una palmada en la frente como si quisiera abofetear á su entendimiento en castigo de su torpeza. Acaba de ver que se encuentra precisamente delante de la puerta de una administracion de loterías. Un gran cuadro colgado al lado de la puerta le ha dicho en letras muy claras: HAY BILLETES.

Imaginémonos la alegría de un raton que huyendo de un gato encuentra un agujero, y nos habremos puesto al cabo de la calle.

Nuestro hombre entra precipitadamente en la administracion de loterías abriendo la mamapara de cristales que se le opone al paso, teniendo buen cuidado de volver á cerrarla y pide un billete sin apartar la vista de los cristales al través de los que ve lo que pasa por la calle.

Le dan uno y no le gusta porque todavía no ha pasado el hombre de quien huye.

NOTA. He dicho hombre; pero téngase entendido que pudiera muy bien ser una muger.

Le dan el segundo billete y tampoco le parece bueno por la misma razon que el anterior le ha parecido malo.

Mientras buscan el tercero, se proyecta en los cristales la sombra de una figura humana que pasa tranquilamente siguiendo su camino.

El tercer billete es el que busca. Lo paga contando las monedas con cierta lentitud; lo dobla muy despacio sepultándolo en un rincon de su cartera, se despide muy cortemente y toma de nuevo la calle con las precauciones necesarias.

Véase cuántos pormenores, cuántas circunstancias, cuántos incidentes han tenido que combinarse para que este hombre compre un billete de la lotería.

Pero esto no es mas que la mitad de la intriga.

El premio grande de la lotería llama poco despues á la puerta de la casa en que vive ese hombre con la sonora voz de cincuenta mil duros.

¿Cómo ese billete entre millares de billetes, ese pedazo de papel entre millares de pedazos de papel se ha convertido súbitamente en un capital?

¿Qué cosas misteriosas, estrañas é incomprendibles pasan dentro de ese saco en que se mueve un mundo de números?

Allí deben agitarse y revolverse, luchar unos contra otros, disputándose la gloria del premio. ¿Cuántas intrigas no se fraguarán entre ellos por alcanzar el título de número premiado!

Mientras las bolas se revuelven dentro de la caja, como los hombres en el mundo, el billete escondido en el rincon de una cartera ó en el fondo de un bolsillo, espera con triste desaliento el fallo de la fortuna.

Al fin aparece el número premiado. Es uno cualquiera.

¿Cuáles son los títulos de ese número para haber alcanzado tan señalada distincion?

¿Cuáles son sus méritos ó sus influencias?
No hay un jugador que sea capaz de responder á esas preguntas.

El mas largo no tiene mas remedio que encogerse de hombros para demostrar que es mas corto de lo que parece.

Toda la respuesta que puede dar está reducida á una serie incomprensible de sílabas: casualidad.

Las letras no han encontrado aun la combinacion necesaria para descubrir con una palabra los secretos íntimos de los números; como la óptica no ha podido inventar todavía una combinacion de cristales por medio de la que puedan los ojos humanos ver claramente la oscuridad.

La casualidad es á las palabras lo que es el cero á los números.

Con la palabra casualidad se representa lo que no se sabe, con el cero lo que no hay.

Casualidad quiere decir, lo ignoro.

Cero es igual á nada.

¿De qué medios ocultos é impenetrables se vale la fortuna para realizar en la lotería sus misteriosos designios?

No se sabe.

Pero imagínese cuánta circunstancia, cuánto pormenor, cuánto incidente es preciso combinar para que sea éste el número premiado.

En vano se hacen esfuerzos supremos por levantar una punta siquiera de su velo impenetrable.

Todas las conjeturas engañan, todos los cálculos fracasan, todas las combinaciones se pierden.

No hay manera de averiguar el número que va á ser premiado.

Si la fortuna fuera ciega, ¿no la hubiera sorprendido el hombre alguna vez anudando los misteriosos hilos de sus incomprensibles tramas?

¿Podemos admitir que una pobre ciega se burle así de la inteligencia humana que todo lo ve, del cálculo del hombre que todo lo averigua?

Si la fortuna fuera loca, ¿es posible que pudiera tejer esas minuciosas y admirables combinaciones siempre imprevistas; y ante las que se desespera la inteligencia mas activa, el cálculo mas fino y la razon mas sagáz de los hombres?

¿Será posible que una ciega vea mejor que todos los que ven, y que una loca sea mas sagáz que la inteligencia de todos los que desean el premio grande de la lotería?

¿Serán los jugadores mas ciegos y mas locos que la fortuna?

(Se continuará.)

J. SELGAS Y CARRASCO.

JUAN COLIN.

Leyenda tradicional.

(Continuacion.)

III.

«Debeis disimularme, señorito, si la costumbre que tengo de narrar estos hechos, me hace pesado en su referencia, aunque os aseguro que si no con las mismas palabras, uso al menos casi la misma forma con que las mentan los libros. Por lo tanto voy á principiar, á mi manera, que aunque á la verdad quisiese variar, tampoco podria.

Deleitosos y amenisimos valles se estenden tras de las gigantescas y vírgenes alturas de Sierra-Morena, formando lechos de rosas en medio de floridos campos, de huertos y de olivares, que desde la oriental Granada cruzan á Córdoba y Sevilla, para morir cerca de

Formas caprichosas, y de toda clase de animales la presta el pueblo á tales seres; pero la voz mas general se reduce á haber visto alguna que otra vez un asno pascar suelto por sus inmediaciones, y este mismo asno salir del castillo solo con un seron, y dirigirse á la inmediata villa, y penetrar en el pequeño huerto de una iglesia; volver á salir cargado de toda clase de provisiones y dirigirse via recta al castillo, devorando el camino á largo trote.

Algo de fantástico á la verdad tenia este animalejo, que además era bastante pequeño y ligero, y no es nada extraño, que hombres, mugeres y niños huyesen despavoridos á su presencia, y que nadie hubiese pensado ni por un momento el despojarlo de las provisiones que conducia, ni aun acercarse á él.

Jamás pudo averiguarse lo que inspiraba tal horror, ni el misterio que aquel castillo encerraba, pues tampoco se hubiera atrevido nadie á intentarlo.

Habian visto tambien algunas veces, segun se decia, montado en este burro una figura extraña y raquítica, y hasta se aventuraban á suponer algunos, fuese el sacristan de la iglesia ó ermita de San Sebastian, donde el burro penetraba, y que era conocido con el nombre de Juan Colin. La generalidad, á pesar de todo, lo contradecia, creyendo firmemente que Juan Colin y el burro fuesen una misma cosa.

Y sin embargo nadie habia visto los habitantes del castillo donde el burro ó Juan Colin, segun decian, penetraba.

Mas antes de pasar mas adelante voy á deciros lo que se sabia de nuestro principal personaje.

Unos cuantos años antes de nuestra historia, una mañana apareció Juan Colin en la plaza de la villa rodeado de mucha gente, que le oian cantar romances al compás de una guitarra ó guzla morisca.

Despues que de cantar hubo acabado empezó su cuestacion, en la que no dejó de llenarse bien los bolsillos.

Juan era su nombre, segun él decia; y la gente aplicándosele á su figura, le agregó el de Colin, y desde aquel dia no fue conocido con otro.

Así pasaba y vivia en el pueblo, sin embargo de que los muchachos muchas veces le molestaban, y salia de cuando en cuando por las villas y lugares inmediatos á ejercer su profesion de juglar.

La generalidad no veia en él otra cosa que un juglar, un trovador, como le hemos llamado, y por apéndice se le calificaba de infeliz. Con todo, muchos vecinos hubieron de



DINAMARCA: DISTRIBUCION DE MEDALLAS AL EGÉRCITO AUSTRIACO, POR SUS DIFERENTES HECHOS DE ARMAS.

las orillas del Océano, en la Gades encantadora de nuestra península.

En medio de aquellos campos, en la comarca de Córdoba, existe una opulentísima ciudad romana y árabe, y á sus alrededores una modesta quinta, que en el tiempo de nuestra historia era un colosal castillo, erigido fantasma sobre una pequeña eminencia.

A fines del siglo XV dejó de existir, y en esa época se levantaba gigante esqueleto descarnado y vetusto.

Negro y sombrío como la noche, con sus parduscas peñas y grietas profundas, parecia completamente inhabitado.

Y lo habia estado en efecto pocos años antes del en que acaeció su desaparicion, y que es el asunto verdadero de nuestro relato.

Espesos olivos y grandes y colosales encinas bordan toda la estension de su término, semejando un numeroso ejército; y á su alrededor vetustas higueras descansando sus añosos troncos en la blanquizca tierra de su superficie.

Deshabitado parece, y sin embargo moran en él seres humanos que la fantástica imaginacion del vulgo se los finge espantosos y horribles.

fijarse en las diferentes palabras que se le escapaban de sus antecedentes, y en las preguntas inquisidoras que á todo el que hablaba dirigia.

Esto, pues, era lo siguiente:

Que era de Martos, y se llamaba el page Juanillo; y que en la conquista de esta villa por los moros habian robado á su señorita, y conducidola á Granada: que allí la habia buscado para defenderla, inútilmente, y que tenia noticias estaba por aquellos lugares. Por lo demás, que él no conocia ni mas padres, ni mas familia que sus amos y su señorita Isabel, si es que vivia.

Pasado algun tiempo de esto, el sacristan que habia en la iglesia de San Sebastian, movido de compasion lo tomó para su ayuda, y poco despues á la muerte de éste quedó él con el cargo de sacristan.

Juan Colin que habia dejado de llamar la atencion de la gente de la villa, como juglar, principió á llamarla desde que fue sacristan en la iglesia de San Sebastian, pues decian verlo no muy á menudo y penetrar en el castillo abandonado por el terror del público.

Esto le dió tal misterio y tal importancia que nadie claramente se podia definir lo que éste fuese, y mucho mas cada vez que alguno lo veia dirigirse al castillo, poblado de brujos y de fantasmas, segun el vulgo creia.

Sin embargo, Juan Colin se podia definir con pocas palabras huérfano recogido desde niño en casa de D. Sancho Gimenez de Solís, comendador de Martos; era tratado y querido por su amo y por su hija Isabel con entrañable afecto. Al amparo de este cariño, único que existia para él en el mundo, se criaba, cuando aconteció la última toma de Martos por los moros, donde murió su protector, y fue robada su encantadora hija Isabel. Esta, único sér que en el mundo quedaba á su cariño, todo se lo dedicó, pero de una manera asombrosa y sublime. Un sentimiento inmenso de amor y de cariño era la sola idea de su existencia, y esta idea siempre trabajando su mente, se la trastornó hasta el punto de convertir aquel cariño é idolatría, en un continuado delirio; y este delirio fue el de buscar incesantemente al único objeto de su amor.

Aquí suspendió su narracion el tio José, y abriendo su caja tomó un polvo, despues de haberme brindado.

En seguida, y notando mi ansiedad retratada en mi semblante, continuó de esta manera:

«Ahora falta, señorito, esplicaros quiénes eran los habitantes del castillo.

Dos jóvenes encantadoras y pálidas de unos quince á diez y seis años de edad, y una muger á lo mas de cuarenta, de fisonomía hipócrita y horrible, que las acompañaba, sirviéndoles de guardian y cancerbero, que ocupaban la parte habitable del castillo; y allá en una de sus torres, un feísimo y espantoso jorobado, que lo mismo que aquella muger ejercia dominio sobre las jóvenes, él lo ejercia mas tiránico sobre todas.

Pocas veces bajaba éste de la torre donde parecia que guardaba un tesoro inmenso, y era preso de las mas espantosas de las locuras.

La relacion que entre sí tenian estos séres, os lo dirá cuanto me queda por manifestaros.

Os he puesto en estos antecedentes, aunque para la generalidad estaba todo envuelto en el mas profundo misterio por el temor del vulgo, hasta en el momento que empieza nuestro desenlace.

IV.

Era uno de los primeros dias de Febrero del año de 1481.

Rojos relámpagos principieron á bordar el cielo de ígneas cintas fosforescentes, y gruesas gotas de lluvia desprendiéndose pesadas y espesas se mezclaban con su monotonía al



La otra joven estaba bordando junto á la muger horrible.

rimbombante rumor del trueno, que rugia en el espacio negro y oscuro.

Las cuatro de la tarde serian y la oscuridad era densa y lóbrega como la mas profunda noche, cuando entraba como una exhalacion en el castillo misterioso, Juan Colin el sacristan, casi agachado sobre el asno.

Apenas uno y otro penetraron en el soportal del castillo, siempre abierto; el uno libre del ginete cruzó por los patios á buscar el abrigo del interior, y el otro, el sacristan, tocó en una carcomida, pero férrea puerta, de una manera particular.

Unos momentos despues estaba abierta.

Juan Colin saludó cariñosamente á una de las jóvenes que hemos dicho, quien le habia abierto, y quitándose su balandrán lo colgó de un garfio en la pared, y atravesando un corto corredor entró tras de la joven en una estancia.

Igual saludo repitió á la otra joven, que

se hallaba bordando frente á la muger horrible y casi salvaje que hemos espresado.

Falta solo que conozcais personalmente á Juan Colin, y voy á haceros su retrato.

Este era flaco y de raquítica figura, encontrándose en la edad de los cuarenta á cuarenta y cinco años. De una palidez livida su semblante, su mirada reflejaba la estupidez y el delirio, y á su través se advertia habitual y continuamente la dulzura y la melancolía. Estrecho calzon de punto negro ceñia sus delgadas piernas, y una especie de almilla de igual color ajustaba su reducida cintura con una pequeña punta redondeada por detrás, que semejava una figura fantástica y diabólica, por cuya razon la gente del pueblo le puso el sobrenombre de Juan Colin. Su agilidad, su vivacidad y su inquietud continua, eran prodigiosas.

—¡Cómo llueve! continuó Juan Colin.

—Creíamos, repusieron las niñas, que no vendriais.

—Me ha sorprendido el agua en el camino, y he apresurado el paso, y aquí me teneis.

Falta haceros el retrato de las jóvenes y voy á intentarlo.

De unos quince años de edad y gemelas, eran exactamente parecidas. Blancas y ligeramente pálidas, y de una sobrehumana hermosura en su conjunto, ostentaban un cabello negrísimo y lustroso, brillando á la par en su rostro sus ojos tambien negros, grandes y rasgados. Toda la perfeccion que pudiera concebir un artista para la estatua que lo inmortalizara, estaba colocada en aquellas jóvenes. Mas con todo, tratándolas pudiera notarse alguna diferencia entre ellas; la una, Isabel, era arrogante y magestuosa; la otra, Inés, aunque del mismo carácter, espresaba en su fisonomía algo de mas blandura, de mas amorosa simpatía. La primera siempre debiera inspirar el respeto y el amor: la segunda el amor y el respeto.

Mas continuemos nuestro relato.

—Ya tardabas bastante, dijo aquella espantosa muger, cuyo nombre era Catalina; y como habia empezado á llover...

Juan Colin se acercó á ésta, asomando á sus lábios una cariñosa sonrisa.

Catalina pareció complacida, y dijo:

—Siéntate.

—¿Qué se hacia? replicó entonces Juan Colin, tomando asiento al lado de Catalina.

—Leia yo la Apocalipsis de San Juan, replicó la joven que habia abierto la puerta mientras mi hermana Isabel bordaba.

—Sufrimos tanto, repuso la bordadora, que nos parece imposible tengan fin nuestros padecimientos.

—¿Cuándo acabarán? añadió la otra joven, que se llamaba Inés.

—Pronto, muy pronto, yo os lo aseguro, pobres niñas.

—¡Si Dios quisiera!

—Sí, hijas mias, querrá; no lo dudeis. Ni un instante ceso en el trabajo, para poder reunir algun oro; y ni duermo, ni como, sino pensando en vuestro destino.

—¿E iremos á Granada? murmuró Inés, ¿no es verdad?

—Allí es donde os está reservado vuestro brillante porvenir.

—Pero no nos separemos de nuestra santa religion.

—¡Ah, eso jamás!

Entretanto, Catalina parecia refunfuñar, y miraba alternativamente á las jóvenes y á Juan Colin: á las primeras indiferente y con interés grande al segundo.

La tormenta habia aumentado considerablemente y parecia desgajarse en agua el firmamento.

—¿No os ireis esta noche? dijo Isabel.

—De ninguna manera, continuó Inés.

Juan Colin cruzó entretanto una mirada de inteligencia con Catalina, y ésta demostró su asentimiento.

—El jorobado se acerca, exclamaron á la par las dos jóvenes.

Juan Colin tembló y palideció.

Catalina se levantó entonces y empujó á éste á una estancia inmediata, donde á su fondo se oyó un grande ruido, como si muchas piedras se desplomasen.

(Se continuará.)

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

BACON.

Francisco Bacon, baron de Verulamio, hijo del guarda-sellos de la reina Isabel, suele ser llamado el padre de la filosofía moderna, siendo mas bien el pedagogo del materialismo moderno. Ni tampoco era un maestro, era un ayo: no enseña mas que á aprender: él no regenta el aula, pero nos lleva á la escuela. Su nombre en la filosofía moderna se parece á una de esas piedras miliarias que en medio de un campo cubierto de nieve se alzan mudas y estériles sirviendo de guia á los peregrinos de la vida que se arrastran ansiosos hácia la religion del espíritu.

Jóven aun, fue á París agregado á una embajada. Despues fue nombrado miembro del Parlamento por el condado de Middlesex. Bajo el reinado de Jacobo I obtuvo destinos honoríficos y lucrativos, hasta llegar al grado de gran canceller de Inglaterra. Acusado de corrupción y venalidad ante el Parlamento, se reconoció culpable desde luego, por evitar debates que podrian comprometer — «á personas muy elevadas,» — y así decia despues Bacon — «que no eran los mayores culpables sobre quienes habian caido las ruinas de Silo.» — Fue condenado á la multa de cuarenta mil libras esterlinas, privado de su empleo y de sus dignidades, y encerrado en la torre de Lóndres.

Esta desgracia, suavizada por la benignidad del monarca, le redujo á la vida privada, en la cual perdiendo la afición á los negocios, se aumentó su pasión por el estudio. Algunas particularidades de la vida de Bacon, tales como un pleito innecesario que puso á su bienhechor el conde de Essex, autorizan á creer que ni su carácter particular era edificante, ni su moralidad pública digna de ser puesta por ejemplo. La posteridad, sin embargo, ha olvidado los desórdenes de su vida, en lo cual creo que ha hecho muy bien, pues no sé qué principio de equidad puede autorizar el que perpétuamente les estemos leyendo los artículos del Código penal á los grandes hombres que hayan tenido la debilidad de infringirlos, cuando todos los dias estamos sacando del presidio de la historia á mil tunantes vulgares. ¿Dónde estaban los productos de la venalidad de Bacon, que en los últimos dias de su vida tuvo que apelar á la generosidad del rey, como amargamente cuenta él mismo, — «para no verse precisado á pedir una limosna?»

Además, como los escritos de un autor, á pesar de él mismo, son la reverberacion de la sagrada llama que le enardece interiormente, estoy persuadido que Bacon adolecia mas de debilidad de carácter que de perversidad de alma. A juzgar por sus escritos,

¿qué razon pudo tener M. Maistre, ese inquisidor literario, para calificar de ateo, inmoral, impío y padre de todos los errores, á un hombre tan circunspecto en política, y tan cuerdo en la moral, y al cual somos deudores de máximas como la presente: — «Un poco de filosofía natural hace inclinar los hombres hácia el ateísmo: un conocimiento mas profundo de esta ciencia los vuelve á la religion.»

Desde la edad de veinte años, y hallándose de escolar en la universidad de Cambridge, ya empezó Bacon á escribir contra Aristóteles, teniéndole con justa razon por el padre de la filosofía escolástica, de ese inmenso pecado de ociosidad. La animosidad que siempre manifestó contra Aristóteles, nació del deseo de suplantarle en la opinion, creyéndose con fuerzas para ser su rival, proyecto difícil de conseguir, si bien entre ambas naturalezas hay todos los puntos de identidad que son posibles entre la vivacidad de un génio griego y la pesadéz de un sapienzudo breton. El gran defecto de los escolásticos consistió en el uso inmoderado que hicieron de la razon, y por consiguiente del método *deductivo*: Bacon, aplicando sin duda á lo que luego veremos que llama su *globo intelectual*, el refran tan vulgar de que por todas partes se va á Roma, dió un rodeo con todo el mal humor de un plagiario avergonzado de serlo, y abandonando el camino de la síntesis, se arrastró lento, tímido y orgulloso en medio de su cobardía, por la carretera del análisis, y sustituyendo á la hipótesis y el silogismo la observacion y la esperiencia, restableció el método *inductivo*.

Y entrando mas en materia, ¿qué se le debe á Bacon en el campo de la filosofía? Muy poco; el haber indicado la division de las ciencias. ¿Y en el campo de la lógica? Casi nada; la tentativa de perfeccionar los métodos para la averiguacion de la verdad. ¿Ha sido Bacon original en algo? Absolutamente en nada. En la perfeccion de los métodos le precedió Luis Vives; en la adopcion del método inductivo lo hicieron muchos antes que él, y particularmente Aristóteles; la division de las ciencias se la debe al *examen de ingenios*, de Juan Huarte. Bacon es el Américo Vespucio de estas Indias occidentales; la no siempre justa posteridad ha dado su nombre á países descubiertos por otros Colonos. ¿Y en qué consiste este bautismo de gloria hecho sobre las sienes de Bacon, en detrimento de otros hermanos mayores, mas ilustres, y que el que menos habia nacido y conquistado por la naturaleza y por su mérito, medio siglo antes, los títulos de su ilustre primogenitura? Esta usurpacion consiste en los elogios que de Bacon hicieron los enciclopedistas franceses. La division de las ciencias un poco modificada que D'Alembert puso en el discurso preliminar de la *Enciclopedia*, haciendo de esta noble familia un árbol genealógico pergeñado con harta paciencia y sobrada regularidad, dió á Bacon una celebridad que impone por su grandeza y que irrita por su injusticia. La lengua de Voltaire es la turquesa de la inmortalidad. Las sombras de los muertos que tienen la suerte de reflejarse en las aguas del Sena resucitan y adquieren en este mundo la vida eterna.

Y la famosa division de las ciencias de Bacon consiste en bien poca cosa. Se funda en la diferencia de las facultades que el espíritu aplica á los objetos. Refiere todas las producciones de la mente á la memoria, la imaginacion á la razon: corresponde á la primera la historia; á la segunda la poesia, y á la tercera la ciencia. Esto es lo que él magníficamente llama «una descripcion del globo intelectual.» Esta descripcion es mas bien política que topográfica; se funda mas en el capricho que en la naturaleza. El día que un tiranuelo cualquiera, sea Huno ó Visogodo, haga una irrupcion por esos reinos, en vez de llamar á las capitales *memoria*, *imaginacion* y *razon*, las denominará *voluntad*, *sentimien-*

to y *percepcion* por ejemplo, y trazando nuevas circunscripciones al globo intelectual, no quedará de la division científica de Bacon mas que un conjunto monstruoso de límites equívocos y de fronteras tan arbitrarias como la línea Alejandrina.

Cuando Bacon publicó su *Novum organum*, el único motivo que le arrastró á poner este título á su obra fue, como ya he indicado el arrogante empeño de rivalizar con Aristóteles: opuso lo que él creia una nueva lógica á la lógica aristotélica; un nuevo *organum* al *organum* antiguo. ¿Consiguió su objeto? No. Bacon en vez de escribir una lógica redactó un método. ¿Y qué tiene que ver un método con una lógica? Nada; lo que tiene que ver el modo de andar con el camino por donde se anda. Con el método de Bacon se puede hacer una buena induccion; pero jamás un excelente silogismo.

Se ve en Bacon el empeño de decalvar á Aristóteles como hacian con los reyes los usurpadores godos, para ocupar su trono. Para conseguir su objeto combate á Aristóteles bajo todas las formas llamándole — «el tirano de las inteligencias.» — Prueba la esterilidad de su niño mimado el *silogismo*, esa especie de *tres y dos son cinco* de la dialéctica, que no haciendo sino recorrer las consecuencias de un principio *dado*, no añade nada en realidad á la suma de nuestros conocimientos. ¡Trabajo perdido! Despues de todos sus ataques, Bacon se queda siendo un regular metodista, mientras que Aristóteles sigue gozando la reputacion de un inmejorable lógico. Y tan inmejorable, que él es el padre y la madre de la lógica, él la ha engendrado y dado á luz sin obra y gracia de ningun otro espíritu, como no sea el santo, y ningun otro rival ha podido añadirle ni quitarle nada, pues segun la opinion de Kant, este otro Aristóteles moderno — «ha salido perfecta de sus manos.»

¿En qué consiste el método inductivo de Bacon? En la manera de pensar menos entusiasta y mas ramplona del mundo; en pasar de los hechos á las ideas; en ir á lo desconocido por lo conocido. Este método es tan antiguo como el hombre, y si ya científicamente lo empleó Aristóteles en su historia de los animales, no hay pensador, por animal que sea, que no se le ocurra recorrer lo que Bacon llama — «escala del entendimiento» — que consiste en reunir el mayor número de hechos posible, y por medio de una escala ascendente subir al conocimiento de las causas y de sus leyes, y luego volver á bajar por orden inverso de las leyes generales á las aplicaciones particulares.

Bacon mismo dice — «que no se propone aclarar tal ó cual paraje del templo, sino encender una gran antorcha y con ella iluminar todo el edificio.»

Realmente ha hecho Bacon á la ciencia moderna un servicio muy análogo al que prestó Sócrates á la filosofía griega. Mas crítico que filósofo su talento era mas bien organizador que inventor. No fundó un sistema, prescribió un método. Sin ser un génio, es el representante de una reaccion. Su experimentalismo desterró para siempre de este mundo las cavilidades de esa vieja parlanchina llamada filosofía escolástica, así como Sócrates con su risa sensata habia herido de muerte las agudezas impertinentes de los sofistas.

Bacon escribió varias obras, entre las que se cuentan, *De la dignidad y del progreso de las ciencias*, y el *Nuevo Organum*, y en las cuales, mas que la inventiva, rebosa el sentido comun. Su sentido comun raya de cuando en cuando en inspiracion, aunque esto sucede pocas veces. A pesar de que procura siempre no abandonar la esperiencia y la observacion sin poder observarlo ni esperimentarlo, dejando su método inductivo, procede por el *deductivo*, sentando ya resueltamente el famoso axioma hegeliano — «de que todo lo racional

es real, y todo lo real es racional»—pues nos dice—«que la ciencia es imagen de la verdad; porque la verdad en la realidad de las cosas, y la verdad en los conocimientos, son una cosa misma, y solo difieren entre sí como el rayo de luz directo y el rayo de luz reflejo.»

Antes de dirigir la experiencia empieza por asignar cuatro causas al error. Si hubiera dicho cuatrocientas, de seguro hubiera andado mas acertado. A las causas del error tiene la rareza de llamarlas *ídolos*, porque dice que la falsa filosofía es á manera de una *idolatría intelectual* que tributa á la mentira el culto debido á la verdad.—Primera idolatría. *Idola tribus*, ó preocupaciones vulgares.—Segunda. *Idola specus*, ó preocupaciones individuales.—Tercera. *Idola fori*, ó preocupaciones del trato comun.—Cuarta. *Idola theatri*, ó preocupaciones de enseñanza.

Para dirigir la experiencia propone varias maneras, como son:—*variacion*, es decir, variándolas; *produccion*, ó repitiéndolas; *traslacion*, pasándolas de un terreno á otro; *inversion*, hacer el experimento en hechos opuestos; *compulsion*, llevando el experimento hasta la estincion de la cualidad en el objeto; *aplicacion*, del experimento á cosas útiles, *copulacion*, fecundacion de un experimento con otro; *azar*, evitando las experiencias vagas y sin objeto.

Yo no niego que todo esto sea verdad. Concedo hasta la utilidad de esta teoría mecánica de la experimentacion, pero yo jamás podré incluir en la categoría de los filósofos á esta clase de investigadores, que en sus ventos intelectuales tienen el mismo instinto que los perros del monte de San Bernardo que sacan de los abismos á los viajeros extraviados. En esta parte no me hallo de acuerdo con Dugald Stewart cuando dice:—«Que no hay vez que Bacon toque un punto que se ligue con la filosofía del espíritu humano, que no se haga admirar al ver la exactitud de sus ideas sobre el verdadero objeto de esta ciencia.»—Los hechos á que se refiere Bacon son los sensibles, y no los psicológicos, como creia el jefe de la escuela escocesa. Bacon, el mas abogado y mas inglés de los filósofos, cree que el objeto de la vida es completar un proceso, y que el alma es una calumnia que han levantado al cuerpo. Segun él, el entendimiento humano—«necesita plomo y alas para las investigaciones filosóficas.»—El, sobre todo, se pasa mejor sin alas que sin el plomo. ¿Para qué necesitaba las alas un filósofo que empieza por asegurar—«que las causas finales son vírgenes consagradas al Señor que no dan ningún fruto?»—Al contrario, plomo, y solamente plomo, se necesita para elevarse como Bacon, á la consideracion de que—«todavía no ha habido una persona que haya tenido bastante fuerza y constancia para imponerse la ley de borrar enteramente de su entendimiento las teorías y nociones comunes que habian entrado en él, con el tiempo, y hacer de su alma una *tabla rasa*»—¿Es posible que no haya habido ninguna persona que haya podido conseguir eso, ni aun Francisco Bacon, baron de Veruliamo, este manufacturero de la ideología que creia—«que las ideas que son *obra* del entendimiento, están *mal formadas*, y que por consiguiente es menester *formarlas de nuevo*, para adelantar en la investigacion de la verdad?»—¿Nunca habrá podido renunciar completamente á su divina herencia del entendimiento *innato* el autor que estableció como principio—«que la actividad intelectual necesita las sensaciones como *materiales* para egercer sus actos?»—Es lástima que Bacon no haya podido nunca convertir su alma en una *tabla rasa*, pues de este modo tendríamos una nueva categoría que él mismo se ha olvidado de incluir en la tabla de sus varias maneras de dirigir la experiencia, viéndole caminar hácia la verdad en *cuatro pies*.

Y ahora nos preguntará el lector—«¿en

qué consiste que siendo el método de Bacon una cosa tan vulgar, ha concluido por alcanzar una boga tan inusitada?»—Porque el tiempo, que como dice un filósofo—«es el sol que madura el fruto, y el génio no hace mas que recogerle»—ha venido á justificar su importancia práctica. Poco despues, ó casi al mismo tiempo que Bacon publicó sus escritos, que fueron recibidos por sus contemporáneos con la mas absoluta indiferencia, empezaron á conmover cielos y tierra Copérnio en Prusia, cuyo sistema, segun espresion de Hume—«miró Bacon con el mas positivo desden»—Tico-Brahe en Suecia, Keplero en Alemania, Galileo en Italia, asombrando al mundo por el vuelo de su génio, lo atrevido de sus concepciones, la estension de sus descubrimientos, y fecundando con el método que en honra de nuestro autor llamaron *baconiano*, las robustas inteligencias de Descartes, Newton, de Leibnitz y de sus respectivas escuelas; mientras que los viejos poderes literarios, políticos, religiosos y sociales, aturdidos por tanto ruido y deslumbrados por tanta luz, huian desparvoridos batiéndose en retirada con mohosas armaduras contra la moderna artillería con que los batia en brecha ¡gloria á su causa! aquella tropa de titanes.

¿Preveria Bacon el pasmoso éxito de su método, al dejar dicho en su testamento—«lego mi memoria á la posteridad y á los siglos venideros?»—Imposible. Y si acaso Bacon tuvo la intuicion de su gloria, ciertamente que tal clarividencia no la ha tenido por el método *inductivo*, es decir, pasando de la materia al espíritu, sino que le ha caido de alto abajo desde aquella cosa *innata* que Bacon no pudo nunca borrar de su alma á pesar de su método, y que es aquella corcilla con quien consultaba Sertorio, la ninfa Egeria que guiaba á Numa, el demonio de Sócrates, el genio de Platon, es el alma, el yo, la personalidad en fin, que por un método completamente antibaconiano ha sido creada por gracia de Dios y para gloria de los hombres.

RAMON DE CAMPOAMOR.

AL SIGLO XIX.

A mi amigo y compañero D. Ramon Rodriguez Correa.

.....
 ¡Aun suena!... ¡Todavía
 Tras la espalda recóndita del monte
 Lo escucha mi ardorosa fantasía!...
 Estenso el horizonte
 Dibuja entre sus bóvedas doradas
 Mil nubes de vapor, que en el espacio
 Por el Titán magnífico arrojadas,
 Vuelan del sol al inmortal palacio!...
 ¿No lo escuchais?... de fuerza y de ruido
 Es un monstruo que silba y serpentea
 Ligeramente como el rayo desprendido.
 Por las oscuras cóncavas montañas
 Y por los llanos rápidos se agita;
 Del túnel en las lóbregas entrañas
 Con hirviente fragor se precipita.
 No hay peñascos que turben su camino
 Ni huracan que le estorbe en su carrera;
 ¡El sigue, cual gigante torbellino
 Que corre desatado por la esfera!
 Mueve los pueblos; con su voz enciende
 Del trabajo el raudal nunca infecundo;
 Por todas partes su poder se estiende
 Y en sola una ciudad convierte al mundo!
 ¿No escuchais el concierto
 Que forman sus torrentes de vapores
 Libres poblando el horizonte abierto?
 ¿No escuchais esa máquina sonora
 Que es de la fuerza impenetrable escudo?...
 Es la soberbia audáz locomotora!
 Es del siglo la voz!... ¡Yo la saludo!

De cabaña en cabaña,
 De region en region, de llano en llano,
 De montaña en montaña,
 De uno al otro magnífico Oceano,

Se descubre un camino
 De férreos lazos, que de trecho en trecho
 En los aires descansa
 Sobre los hombros del nogal y el pino!
 La palabra vestida
 Con la rápida luz del pensamiento,
 Allí vuela escondida
 Atrás dejando en su carrera al viento!...
 ¡Oh siglo del telégrafo, levanta
 Tu frente hermosa! de tus génios dame
 La ardiente inspiracion, y en torno brame
 Del arpa del poeta
 El huracan que ruga furibundo;
 Huracan que sus notas arrancando
 Las vaya en su carrera publicando
 Por los estensos ámbitos del mundo!

¡Sí; que en el régio alcázar diamantino
 Donde se enciende el sol; donde la aurora
 Deshace en perlas el cristal divino
 Que por el éter en los campos llora,
 Rompan quizás en himnos inmortales
 Génios ocultos que la tierra admira,
 Acompañando de mi tosca lira
 Los ecos con sus ecos celestiales!...

La blanca luz, que en manantial de oro
 Rica se esparce al asomar el dia,
 Es del arte bellissimo tesoro
 Y el cielo para el arte nos la envía!
 Vedla nacer; sus rayos fugitivos
 Tiemblan en los azules horizontes;
 Rayos que al verse en el cristal cautivos
 La imagen copian en colores vivos,
 La flor, el mar, los prados y los montes!
 ¡Oh misterio sublime!

¡Oh númen del fotógrafo, que imprime
 De la verdad la imagen en la sombra
 Sin que el pincel con su matiz la anime!
 Fija en los aires tu cristal de plata,
 Deten un rayo de tu luz hirviente,
 Y del siglo en la faz resplandeciente
 La pompa augusta y el poder retrata!

¡Génio del mar, Colon, sombra sagrada,
 Que duermes de los saúces y las tumbas
 En la mansion callada;
 Despierta, ven; confuso y aturdido
 Te invoca rebramando el Occéano
 Hoy que se ve por el vapor vencido!
 Ven, y contempla entre las densas brumas
 Libres cruzando el piélago profundo,
 Los vapores que vuelan hácia el mundo
 Que supiste arrancar á las espumas.
 Despierta, ven, tus sueños abandona,
 Y al ver esclavo al mar, rauda y potente,
 Del siglo del vapor cubra la frente
 De tus coronas la mejor corona!...

El globo hinchado que sereno sube
 Perdiéndose en los aires atrevido
 Cual se pierden el águila y la nube;
 Las rosas bellas de encendida grana
 Conservando el perfume moribundo
 Del Japon en la rica porcelana;
 La ciencia, abriendo el suspirado mundo
 De las bellezas y del arte ameno;
 ¡El aire vago de palabras lleno!
 ¡Los torrentes ocultos
 Del gas que corre y que en la noche umbría
 Sustituye la luz del nuevo dia!
 ¡El eterno ruido
 De la prensa inmortal, voz de los mundos!
 ¡Todo, en fin, cual fantástica quimera,
 Con soberbia hermosura se levanta
 Y crece todo y todo se agiganta
 Del siglo del vapor en la carrera!

¡Despierta, patria mia,
 Despierta y abre tus amantes brazos,
 Al siglo hermoso que al edén te guía
 De flores presa en amorosos lazos!
 ¿Qué buscas? ¿qué ambicionas?
 El tiene para tí grandeza y nombre;
 Para tu frente espléndidas coronas,
 Para el arte laurel, luz para el hombre.
 Con dulce halago de esperanzas lleno
 Acógele en tus brazos adormida,
 Y arráncale valiente y atrevida
 Un rayo del volcan que arde en su seno!

Y tú, siglo inmortal, que te presentas
 Del tiempo en los umbrales,
 Vertiendo por el orbe los raudales
 Del vivo fuego que en tu frente ostentas;
 Tú, que estás palpitando

En la lira, la música y la roca;
Tú, que con ansia loca
Vas los pueblos inquieto despertando,
Desata ya las bárbaras cadenas
Que á la anhelada libertad oprimen
Llenando al mundo de amargura y penas.
Cambia sobre los labios
En palabras de amor y de consuelo
La injuria y los agravios:
Rompe á tus piés la ira
De la guerra iracunda, que altanera
En sangre tinta desmayar se mira....
¡Sí; que del fuego en los hirvientes rios
Ella tal vez espire horrorizada,
Cuando en golfos de sangre retratada
Contemple sus horribles atavíos!
El humo del cañon será el reflejo
Que despida su antorcha moribunda,
Cuando la escuadra con terror se hunda
Al mirarse del mar en el espejo!...
Y ¡nunca, nunca de la patria mía
Será marchita la brillante historia,
Si al gigantesco alcázar de la gloria
Logra encumbrarse con su siglo un día!

ANTONIO FERNANDEZ GRILLO.

ESTRELLA DE LOS MIL.

En memoria de los mil voluntarios que con Garibaldi desembarcaron en Marsala, han ofrecido á este general los pocos de aquellos que aun existen, una condecoracion que han convenido en llamar *Estrella de los Mil*.

Por el grabado que damos de este distintivo se ve que en efecto representa una estrella de brillantes de siete brazos; en la placa esmaltada figuran las armas de Sicilia, rodeadas por una zona de los tres colores italianos, á saber: blanco, encarnado y verde, en la cual hay unas letras formadas de puntas de diamante, que dicen: *Y Mille á loro Duce*, esto es, los Mil á su Capitan.

En la placa está grabada la palabra Arturo, en memoria del Rey caballero por excelencia, fundador de la Orden de la Tabla redonda.

Esta afectuosa memoria de los primeros expedicionarios á su caudillo, fue presentada á éste por el general Turr en su modesta habitacion de Caprera, causándole segun dijo, la mas grata emocion que hasta el presente ha sentido.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ,

(Continuacion.)

El tio Geromo se levantó como si le hubiesen movido con un resorte, se acercó al hijo de Marta, y poniéndole la mano sobre uno de sus hombros, se alejó de allí pronunciando estas palabras por via de despedida.

—Por fin se ha convencido. Adios, muchacho; dentro de veinticuatro horas seremos hombres de pró.

Roman cayó desplomado sobre su asiento diciéndo á su vez:

—Voy á entrar de lleno en el camino del crimen. ¡Que el infierno me ausilie, ó que Dios se compadezca de mí!

XI.

Los cinco millones.

Las veinticuatro horas á que se referia el tio Geromo, habian ido deslizándose lentas y silenciosas, sin que nadie apareciese por el interior de la cabaña donde Roman y el licenciado habitaban juntos hacia mas de un año. Verdad es que esta soledad y abandono en que á la sazón se encontraba el edificio aquel, habíanse prolongado durante algunos dias.

Era casi de noche; por todas partes solo podia descubrirse una inmensa sábana de nieve que oprimia la tierra, los árboles y los

montes circunvecinos. La naturaleza parecia reposar en un sueño de muerte. No se divisaban hombres, ni pájaros, ni aun siquiera la huella de los animales de caza que generalmente solian andar por aquellos sitios. Todo estaba desierto, todo llenaba el alma de profunda melancolia.

Y sin embargo, tres viajeros, el uno á caballo y los otros dos á pié, embozado el primero en su capa y los dos restantes envueltos en sus mantas, se iban acercando con lentitud hácia el lugar donde la cabaña estaba construida. El genite contemplaba con cierto recelo aquellos parages solitarios, y de vez en cuando fijaba sus ojos en los rostros de sus compañeros. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de alta estatura, de aspecto elegante y distinguido, y que, por una coincidencia singular, se asemejaba mucho á uno de sus guias. Este guia no era otro que el hijo de Marta.

El viaje, si no demasiado largo, cuando menos debia haber sido bastante penoso. Los



ESTRELLA DE LOS MIL.

tres daban muestras de hallarse muy fatigados, y sin duda deseaban descansar, particularmente el primero.

—¿Cuánto dicen VV. que dista de aquí su cabaña? preguntó dirigiéndose á Roman.

El tio Geromo que era el otro de los dos guias, se apresuró á contestar fingiendo, como lo habia hecho durante todo el día, una humildad y una dulzura dignas de un hombre mas honrado.

—Poca cosa, señor; dentro de un rato tendrá V. un buen fuego y una buena cama. Podrá dormir con tranquilidad, y mañana continuaremos nuestro camino á Pamplona.

—Habeis dicho que no hay por aquí ningun pueblo inmediato ¿no es cierto?

—No, señor, no hay mas que algunas cabañas de leñadores.

Mi hijo y yo conocemos muy bien el terreno.

—¿Dice V. que ese jóven es su hijo?

Roman guardaba un obstinado silencio; silencio que tal vez habia infundido algunas sospechas en el ánimo del viajero.

—Responde, muchacho, dijo entonces el licenciado conociendo lo que estaba pasando; habla y no seas mudo, que este señor nos pagará generosamente el trabajo que ahora te estás tomando. Mañana, mañana cuando estemos en Pamplona y hayamos tomado nuestra gratificacion, ya verás, ya verás el regalo que compramos para tu novia.

Y como viese la terrible impresion que causaban sus frases en el alma de Roman; añadió encarándose con el genite.

—Perdónelo V., señor, es un tontuelo que no hace mas que pensar en sus amoríos. Cree que la novia le habia de querer por su buena

cara, y como no es ambicioso, piensa que las mugeres no gustan como él de regalos y de chucherías.

En este momento llegaron á un sitio desde el cual se descubria á lo lejos la cabaña que estaba toda cubierta de nieve.

Aquel edificio habia sufrido una notable trasformacion.

No era la casuca miserable y ruinosa de antes. Su cubierta no la constituia ya una enredada madeja de cañas, ramas de árboles y trozos de pizarra. Parecia mas alta y mejor construida; su puerta y dos ó tres ventanas eran nuevas, y sobre su techumbre cubierta de tejas, alzábase una blanca chimenea que habia reemplazado al agujero por donde en otro tiempo se solian escapar trabajosamente las densas y azuladas espirales de humo.

—¿Es aquella vuestra casa? preguntó el viajero deteniendo un momento su caballo.

—Sí, señor, contestó el tio Geromo.

—Me parece demasiado buena y demasiado cómoda.

Evidentemente el viajero sentia surgir en su interior algun triste presentimiento que no le era dado formular.

Pero el tio Geromo acudió al instante con la misma fingida candidez de que se habia revestido, y replicó con el mayor aplomo:

—¿Le parece á V. que peca de buena, siendo como es de unos pobres leñadores?

—Sí, hombre, sí; dijo el viajero afectando á su vez cierta tranquilidad y cierta confianza que no sentia.

—Pues ahí verá V., prosiguió el tuerto acercándose al caballo. Aquí para los dos, en todos estos alrededores cada cual procura ganarse un pedazo de pan de la mejor manera posible. Estamos cerca de la frontera y lo que allá vale dos, aquí vale cuatro. Se hace algun viajecillo.....

—Comprendo, replicó el viajero un poco mas conforme. ¿Es que os ocupais en introducir contrabando?

—Justamente; pero es una bicoca, señor; yo hubiera hecho mas negocio si á mi hijo no le repugnase todo lo que sea ganar la vida con un poco de esposicion.

En aquel instante y cuando ya los tres se hallaban á doscientos pasos de la casa, los árboles comenzaron á estremecerse sacudiendo sus blancas y artificiales cortezas, mientras el huracan comenzó á rugir y á barrer impetuoso las faldas de los montes.

—Ya era tiempo ¡vive Dios! exclamó el tio Geromo apoderándose de las riendas del caballo; ya era tiempo de que pudiésemos guarecernos debajo de techado. El cierzo comienza á hacer de las suyas, y si hubiéramos de tardar un cuarto de hora mas, no sé lo que seria de nosotros.

El tio Geromo tenia razon al decir esto: el aire, alzando en masa copiosas cantidades de nieve, y arrollando en su caída la que se desprendia de lo alto, formaba con una y otra espesos y revueltos torbellinos, con los cuales azotaba los rostros de nuestros caminantes cegándolos y envolviéndolos en un helado sudario que les oprimia y les fatigaba de una manera insufrible.

El viajero, aturdido, casi aterrado, se dejaba conducir por los que le guiaban, arrepintiéndose tal vez de la imprudencia que habia cometido. Así fue que su corazón se ensanchó al oír gritar al tio Geromo, que acababa de abrir la puerta de la casa.

—Ya estamos en salvo.

(Se continuará.)

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.